

EL

ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells y Garcia, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24. Fuera de ella, trimestre 30.

Viernes 26 de Octubre.

El Eco de Cartagena

ROMA.

Siguiendo el curso del Tiber, y a la izquierda de su ribera, se hallan situados los montes Aventino, Celio y Esquilino, que con aquella, forman una especie de semi-círculo, dentro del cual se halla el monte Palatino; hé aquí, donde hace más de veintiseis siglos que Rómulo traza las líneas que cerraban un perímetro que más tarde había de formar parte de la Ciudad Eterna, y según la costumbre de aquellos tiempos, la da tres nombres.

Flora, era su nombre sacerdotal; Amor, su nombre misterioso, que no se podía divulgar, y Roma, que no es otra cosa que el anagrama de amor, era su nombre civil. En aquella época se la llamaba Roma cuadrada, porque el monte Palatino tenía la forma de un cuadrado.

En el transcurso de doscientos cuarenta y cuatro años, Roma se había ensanchado hasta encontrarse sobre siete colinas, había tenido siete reyes, subyugado catorce pueblos, puesto sobre las armas 80.000 soldados, y cuando faltó su último rey, se constituyó en república.

Durante cuatrocientos ochenta y un años, y con el lema de libertad, esta república sujeta a los pueblos y a los reyes, dicta las leyes a todas las naciones, más con los despojos ópmos de los vencidos, introduce en su seno los gérmenes de la corrupción. Entonces, prefiere la comodidad y el reposo a las fatigas de la guerra, y aunque a pesar suyo, se ve obligada a inmolar su propia voluntad a un usurpador.

Empieza el imperio con César Augusto, y cuatrocientos cincuenta años de despotismo militar pesa sobre las naciones.

Durante este largo espacio de tiempo, sesenta y ocho hombres son proclamados emperadores por los soldados; llevando continuamente

sobre el trono los vicios más repugnantes ó las más grandes virtudes; mas ya bajo el imperio de Julio César, la obra de los tiempos había empezado a cumplirse. La aparición del recién nacido en Belén, es el preludio de la gran revolución que tenía que suceder en el orden social, ya en el Tiber, el pescador de Galilea, entra en Roma y establece las bases del nuevo imperio de paz dando principio la maravillosa cronología de los Soberanos Pontífices, que cuenta sin interrupción hasta nuestros días muy cerca de diez y nueve siglos.

Durante cuatrocientos años, los Pontífices no ejercen más que la autoridad religiosa; pero a la caída del imperio, su autoridad fué a un mismo tiempo protectora de los pueblos contra el furor de los bárbaros y el encono de las facciones. Marca este intervalo cerca de tres siglos y medio, época en que Carlo-Magno da la investidura a los Papas de la soberanía temporal, a fin de que puedan ejercer su misión divina sobre la tierra con toda independencia.

En el interregno que divide estas dos grandes épocas se verifica una lucha grande, inmensa, sangrienta y terrible; lucha de dos principios donde el uno representa la mentira, el engaño y la esclavitud; el otro, la verdad y la libertad; lucha que espanta, que aterra al mundo entero, y que, más aun que las armas de los bárbaros, causa la caída del trono de los Césares, y sirve para reconstituir, para regenerar la sociedad sobre bases sólidas y estables. El triunfo fué completo; el Capitolio es vencido por el Vaticano; la cruz, signo de redención, derriba los ídolos; el hombre es reintegrado en su dignidad. El Evangelio le proclama libre. Desde aquella época Roma tiene una nueva misión que cumplir; su influencia moral, descubre, hace conocer hasta a los más ignorantes su poder. Los rayos de su luz, sus palabras de verdad y sus hechos, llegan a las tierras más lejanas, y domina hasta donde los ejércitos más temibles no lo habían conseguido; consuela las miserias del alma, anima a las con-

ciencias débiles, y lleva a todos los corazones la esperanza de un dichoso porvenir. Los pueblos reconocidos veneran a Roma, y se apresuran a ofrecerle su respeto y obediencia.

Dos grandes hechos, dos notables coincidencias existen, y que a continuación consignamos, por lo curiosas, respecto al destino que ha presidido a la fundación de los imperios que Dios ha delegado a la Ciudad Eterna, y los dos son casi iguales en su origen. Algunos pobres pastores que habitan entre aquellos montes, acompañados de algunos fugitivos de aquellas cercanías, se reúnen sobre el Palatino, y forman una sociedad que en el transcurso de los siglos había de ser un gran pueblo, una gran nación, la primera potencia de la tierra. Algunos pobres pastores y artesanos llegan, ocho siglos después, del Asia, también huidos, y en el momento que llegan a Roma se declaran por apóstoles de Cristo, empezando por la conversión y a sentar los cimientos del nuevo imperio de paz, y que por su moralidad y bondad debían llevar la fé a toda la superficie de la tierra.

Ahora bien; esta ciudad extraordinaria que recuerda épocas de tanta grandeza; que reasume en ellas todas las ideas de poder y civilización; que ha sido silla de los dos más grandes imperios que han establecido sobre la tierra, y que dió al mundo entero sus instituciones, su disciplina, sus leyes, su lengua y su religión, supo también conservar su nacionalidad y su independencia. Alguna vez el extranjero la ha hollado con su planta; más, a pesar de los esfuerzos que para sostener su dominación empleó, jamás su permanencia fué duradera, por esta circunstancia puede decirse que es la única ciudad de Europa que ha conservado hasta estos últimos tiempos en una parte de sus habitantes la pureza de su raza. Para cerciorarse de ello, no hay más que recorrer algunos cuarteles de la ciudad y dar un pequeño paseo por la Sabina y el viejo Latium; aun se hallan aquellos tipos que, reproducidos en medallas y estatuas, existen en los Mu-

seos de Roma y en otros puntos de Europa.

Nuestro objeto ha terminado; no era otro que exponer aunque de una manera muy compendiosa, algo sobre la fundación de Roma y sus acontecimientos; en la sucesión de los tiempos, llegamos hasta la época en que un rey vecino llega a sus muros, entra y dejando al Pontífice que habite en un extremo de la ciudad, al otro lado del Tiber, se proclama rey de Italia. Ni las condiciones literarias del periódico a que destinamos este modesto trabajo, ni nuestros conocimientos políticos, nos permiten juzgar los hechos presentes, ni si las causas que a ese acontecimiento han concurrido fueron justas ó necesarias.

Los grandes historiadores, a su tiempo, al imprimir su huella, harán justicia a quien la merezca.

EZEQUIEL DE TEJADA.

Eco de Navarra

Misceláneas.

Las huelgas en Norte América.

Las personas amigas del estudio de los problemas económicos, notarán con disgusto las siguientes reflexiones que copiamos del *Jornal do Commercio* de Rio Janeiro, referentes a la gran huelga habida recientemente en los ferro-carriles de la gran república.

El corresponsal de dicho periódico estudia las causas que recientemente produjeron la gran huelga de obreros de los ferro-carriles en los Estados-Unidos, paralizando el inmenso movimiento en casi todo el país, a tal punto que millares de animales, abandonados en campos áridos, perecieron de hambre y sed, mientras que por otra parte el Director general de correos tuvo que entenderse con la Administración del Canadá para el transporte de la correspondencia entre Nueva-York y los Estados del Oeste.

¿Cuáles son, dice, las causas pri-